
Economía militarizada, sociedad brutalizada

Douglas Dowd*

* Douglas Dowd es profesor de Economía en la Universidad estatal de San José.

I.

Las consecuencias económicas de los interminables gastos militares —ahora más importantes y más obscenos que nunca— en que han incurrido los Estados Unidos desde la Segunda Guerra Mundial, han merecido el escrutinio crítico al cual fueron sometidos hasta la fecha. Incluso hubiera sido natural que las críticas que tales inversiones militares despiertan, hubiesen producido muchísima más inquietud e indignación en todos los niveles de nuestra sociedad. Porque es evidente que estas inversiones: 1°) desperdician recursos humanos y no humanos de manera asombrosa (por ejemplo: el Pentágono usa tanto petróleo como todas las demás naciones del mundo menos siete); 2°) distorsionan estructuras educativas y profesionales y reducen la productividad de la economía; y, entre otras cosas, 3°) generan muy pocos empleos e ingresos para la gente común, comparados con los gastos no militares (o reducidos) del gobierno.

Si la inquietud y la indignación de la gente han sido insignificantes y fácilmente rebatibles, esto se debe a ciertos factores *no económicos* que han acompañado el alto nivel de gastos militares alcanzado durante el periodo de la posguerra, al efecto que han tenido sobre la conciencia y el carácter de nuestra población las décadas de militarización económica.

Nosotros, los que formamos parte del pueblo, hemos sido socialmente drogados y brutalizados. Hemos permitido que nos vuelvan insensibles a la violación de nuestros ideales y a la degradación de la calidad de nuestras vidas; hemos vendido nuestra cordura, nuestra decencia, nuestro sentido común, hasta nuestro instinto de supervivencia, en la búsqueda

queda frenética de ¡MAS!. . . más de lo que sea y de todo lo que hay, contra viento y marea. Nuestra antigua costumbre de vivir en una sociedad voraz y comercializante, los trabajos reales e imaginados y los ingresos provenientes de la economía militarizada, los procesos socializantes e implacables de la “guerra fría” y del anticomunismo institucionalizado: todos estos factores han disminuido nuestras defensas, de por sí débiles, contra la erosión de los valores humanísticos.

Hay muy poco que decir que resulte novedoso al respecto, pero nuestros tiempos se han vuelto tan peligrosos que parece necesario volver a subrayar el aspecto sociopolítico de los gastos militares que es, a fin de cuentas, lo que nos va a destruir, lo que finalmente causará que alguien presione “el botón”.

II.

Hace más o menos dos siglos, cuando Samuel Johnson observó que el patriotismo era el último refugio del canalla, no pudo haber sospechado lo que pasaría si tal “patriotismo” llegara a ser institucionalizado como ha ocurrido en los Estados Unidos, extendiéndose como una mancha de petróleo por cada recoveco de la sociedad, convirtiéndose para los políticos (entre otros) no sólo en el último refugio sino hasta en el punto de partida y, para demasiada gente, en una forma de vida. Desde luego, surge de vez en cuando un Ron Dellums, pero él es la excepción que en Berkeley comprueba la regla nacional: con los dedos de una sola mano se puede contar el número de hombres así en el Congreso de los Estados Unidos.

Las formas escuálidas en que se maneja el patriotismo no son nuevas ni exclusivas de este país

y si los gastos militares y sus aspectos concomitantes asumieron importancia después de la Segunda Guerra Mundial, no fue ésta la primera vez, desde luego que no. Pero resulta especialmente importante para nosotros en el mundo de hoy comprender las implicaciones de una economía perpetuamente militarizada: lo que hemos visto surgir tiene que ser entendido y rebatido si la vida misma —y más aún una vida decente— ha de preservarse en este planeta. Eso sí es algo nuevo.

Se podría argumentar que bajo Bismarck (y sus sucesores) los alemanes fueron los grandes innovadores en las artes de brutalización social durante el medio siglo que desembocó en la primera guerra mundial. Los franceses no se quedaron muy atrás y los Estados Unidos —con Hearst y esa “pequeña guerra espléndida” que nos inició en el imperialismo de ultramar— los fueron alcanzando rápidamente. Los alemanes llevaron la ventaja por suficiente tiempo como para lograr lo que era, hasta la Segunda Guerra Mundial, el mayor triunfo de las nuevas técnicas de manipulación ideológica: la creación de la Alemania nazi.

Pero así como por varias razones (simples y complejas) los Estados Unidos iban a convertirse en el país *número uno* en el campo de la propaganda comercial, también habrían de convertirse, al terminar la guerra, en los grandes especialistas en manipular a la gente para vender candidatos políticos y perspectivas sociales: es decir, en cambiar la conciencia y el carácter de las personas para introducir en este continente el nuevo orden social. “Liberalismo corporativo”, “capitalismo de monopolios” o “el estado benefactor-beligerante”: llámenlo como quieran; este nuevo orden giraba alrededor de una economía política de gastos militares, que era un desarrollo esencial si el capitalismo

habría de sobrevivir durante el siglo XX y que era imposible en sí sin el aspecto sociopolítico de estos gastos.

El hecho de que después de la Segunda Guerra Mundial los Estados Unidos tuvieran que crear tal sociedad y que además lograron hacerlo era algo que revelaba tanto sus necesidades como su poder. Eramos la única nación sobreviviente con poder económico o militar. Sólo los Estados Unidos eran capaces de mantener la unidad del capitalismo mundial, resucitarlo, hacerlo florecer de nuevo. Al tomar medidas para hacer estas cosas, creamos el imperio más grande y más lucrativo en toda la historia. Ese logro, a su vez, sólo fue posible gracias a dos procesos esenciales, orgánicamente interrelacionados: por una parte, la orquestación de la política exterior de la guerra fría y la organización dentro del país de la cruzada anticomunista y, por otra, la presencia, entre 1940 y 1980, del más alto nivel de gastos militares en la historia del mundo, estimados, cuando menos, en tres trillones de dólares (cifra que ha ido subiendo aún más con el gobierno de Reagan). Así la imperialización, la militarización y la brutalización marchaban hombro con hombro, necesitando y haciendo posible la creación de un enorme aparato estatal y de una industria de medios masivos de comunicación, una industria basada sobre todo en la televisión, cada vez más astuta (¡imagínense lo que hubiese podido hacer Hitler con la televisión!)

Para poder suministrar bienes de consumo y de capital y poder armar a la mayor parte del mundo después de 1945, fue necesario aumentar el consumo per cápita de la población del país o, por lo menos, de una mayoría bastante grande de esta población y el “consumismo” que esto produjo también proporcionó un fundamento objetivo para

los cambios subjetivos de la época: mejor una guerra fría que hacer frías colas para comprar pan, claro que sí.

Aunque ahora resulte difícil creerlo, antes de la segunda guerra mundial la actitud de la gente era, en general no partidaria del militarismo, podría decirse que antimilitarista y aún pacifista; la gente consideraba que la primera guerra mundial había sido una estupidez, un lío europeo provocado (por lo menos en parte) por los fabricantes de municiones, los “comerciantes de la muerte”. (Durante la mayor parte del periodo entre ambas guerras, eran mayores los gastos del correo que los gastos militares, cosa que las fuerzas armadas nunca olvidaron ni perdonaron).

Pero a raíz de los procesos que acompañaron y siguieron a la segunda guerra mundial, se fue atenuando la actitud negativa hacia los militares, a la vez que se iba reduciendo la conciencia social de la gente, que nunca había sido muy definida. Hubo, desde luego, protestas sociales y antibélicas de la década de los sesenta y fueron, en cierto sentido, eficaces si se toma en cuenta el pequeño porcentaje de población directamente involucrada. Pero su eficacia fue efímera y, a la larga, perversa: los años que siguieron a las protestas fueron, a fin de cuentas, los años de Nixon, de Ford, de Carter y ahora —lo que resulta una afrenta constante a la razón y a la decencia— de Reagan. A lo largo de estos cambios hubo, sin embargo, grandes líneas de continuidad.

III.

Las instituciones de este país, más que las de cualquier otro, han sido creadas de acuerdo con una ideología que defiende el derecho de cada cual de

buscar su propia ganancia individual, en forma independiente de todo lo demás, para bien o para mal. Una tradición académica nos ha enseñado a creer que la conciencia social y la acción social son no sólo innecesarias en una economía de mercado, sino que resultan hasta perjudiciales para todos (Milton Friedman y Ronald Reagan son productos y no creadores de esa actitud). En las últimas generaciones se ha acentuado notoriamente nuestra siempre marcada indiferencia social; nuestro consumismo se ha convertido en avaricia infantil, lo cual ha llevado a que nuestra actitud social (que ha sido siempre muy limitada) se vuelva ceguera, sordera y mudez. Esta nación, “concebida en un contexto de libertad”, se vuelve cada vez más insensata, inconsciente, insensible y deshumanizada: en resumen, brutalizada.

Basta mencionar los hitos decisivos en el proceso mediante el cual todo esto llegó a configurarse. a los efectos de realizar un análisis, se pueden señalar cuatro periodos que se traslapan: la segunda guerra mundial; los años que van desde 1946 hasta finales de la década de los cincuenta; la década de los 60 y principios de los 70 y los años posteriores a la intervención en Indochina, durante los cuales se ha calmado un poco la guerra fría (por lo menos hasta la aparición de Reagan) y la economía ha caído en el pantano de la *stagflation* (inflación a la vez que estancamiento).

El significado duradero de la Segunda Guerra Mundial consiste en haber puesto fin —sin la ayuda de ningún otro factor— a la profunda depresión que había empezado en 1929. Cuando Pearl Harbor fue atacado en 1941 (ataque en cierta medida provocado y anticipado por la Casa Blanca), el índice oficial de desempleo (que suele ser mucho más bajo que la situación real) estaba en 9.9 por ciento. No

había bajado tanto desde 1930 y en todos esos años había oscilado entre 14 y 25 por ciento; pero desde 1939 la producción militar había ido aumentando. El índice en 1944 fue el más bajo jamás registrado: 1.2 por ciento. Pero ése fue el año en el que casi la mitad del producto bruto nacional se invirtió en gastos militares.

Como ha demostrado muy bien Stud Terkel en su libro *Hard Times* (Tiempos difíciles) el pueblo de este país no ha olvidado ni la depresión ni la guerra que nos ayudó a salir de ella. Y resulta evidente que quienes se acuerdan de tales cosas aceptarán cualquier medida con tal de evitar caer en la miseria.

La Segunda Guerra Mundial no fue sólo una guerra económicamente estimulante; también fue una guerra con una propaganda excelente: una guerra popular, una guerra en la que los medios masivos de comunicación —la radio, las películas, los periódicos, las revistas— desarrollaron y afinaron las técnicas de vender ideas y actitudes. Fue entonces cuando aprendieron también a reclutar celebridades (por ejemplo a John Wayne y a Ronald Reagan) para deslumbrar a las masas con las actitudes y el comportamiento debidos. En fin, la guerra acabó de una vez con las actitudes antimilitares que se habían extendido en los Estados Unidos y preparó a la nación para las transformaciones que habrían de sobrevenir durante los años de la posguerra, años de la guerra fría, de un anticomunismo intenso y generalizado, años de la guerra caliente.

IV.

“Las cosas más importantes primero: nuestro programa de defensa debe tener máxima prioridad”.

¿Quién lo dijo, Ronald Reagan? No, Harry S. Truman, hace más de treinta años. Truman quería mucho a los militares. Hasta el momento en que llegó al Senado de los Estados Unidos debido a la máquina corrupta y poderosa de Pendergast de Kansas City (Missouri), el lugar más alto al que había accedido Truman era el de oficial de artillería durante la Primera Guerra Mundial. Con gran entusiasmo aprobó dos veces la idea de lanzar una bomba atómica en contra de unos japoneses que ya para agosto de 1945 habían quedado indefensos (se les había acabado el petróleo mucho tiempo antes). Estos fueron los primeros disparos de la guerra fría, mucho más que los últimos de la Segunda Guerra Mundial.

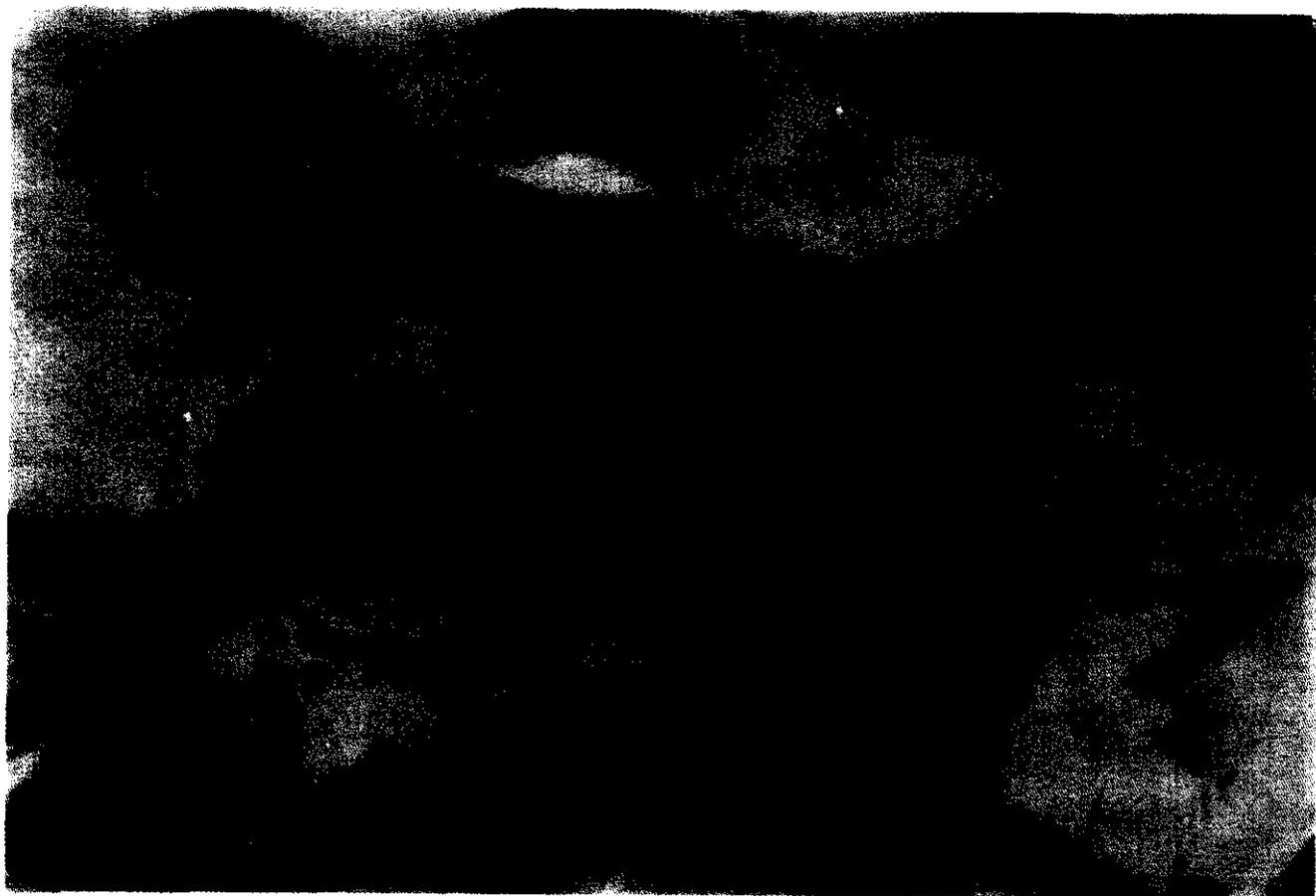
Durante los años en los que se fue desarrollando la guerra fría con la Unión Soviética, ¿qué tipo de “defensa” necesitaba Estados Unidos? Todas las naciones económica o militarmente importantes habían quedado aplastadas por la Segunda Guerra Mundial y la Unión Soviética más que ninguna. Como botón de muestra de la destrucción sufrida por ese país, basta mencionar que, según el cálculo de las Naciones Unidas, fueron 28 millones los muertos durante la guerra (Estados Unidos perdió a 400, 000 personas).

Pero así como era poco probable que Estados Unidos participara en la Segunda Guerra Mundial de no haber sido atacado, de la misma manera era muy poco probable que el pueblo de este país hubiese dado su apoyo a la expansión de nuestro dominio en el mundo y a la continua militarización de nuestra economía y de nuestra sociedad si no se hubiera podido demostrar que los Estados Unidos estaban siendo amenazados por otro país: por debajo de las razones manejadas para justificar la guerra fría, se asomaba el famoso fantasma de

“Munich” y de Pearl Harbor, la idea de que la Segunda Guerra Mundial había sido producto de una debilidad militar y de una política de “aislacionismo”.

De modo que después del famoso discurso de Churchill sobre “la cortina de hierro”, discurso pronunciado en Fulton, Missouri, en 1946, con el presidente Truman a su lado, Truman y sus compinches del Pentágono orquestaron la militarización de la política exterior estadounidense. La C.I.A. y el Consejo de Seguridad Nacional con la Doctrina Truman (Grecia-Turquía), todos ellos fueron establecidos en 1947 (el mismo año en que se cambió el nombre del Departamento de Guerra por el de Departamento de Defensa). Por las mismas fechas, y no por última vez, los Estados Unidos participaron en el aplastamiento de fuerzas populares (en Grecia) mientras ayudaban a la instalación de una dictadura militar. Y de ese año en adelante hubo una proliferación aparentemente interminable de organizaciones de “defensa mutua”, desde la OTAN hasta la OTSEA. Todos estos acuerdos necesitaban, para mantenerse, ejércitos y armadas que, en general, fueron proporcionados por los Estados Unidos y complementados con el envío de fuerzas armadas estadounidenses (y por la C.I.A.); ya para 1970 había 3.5 millones de hombres y mujeres en las fuerzas armadas norteamericanas, 1.2 millones de ellos estacionados en más de dos mil lugares, en 119 países, en diferentes partes del mundo.

Con tantos millones de personas empleadas en las fuerzas armadas, con la producción y los ingresos generados por la expansión militar aquí y en el extranjero y con las consecuencias continuas derivadas de extender los programas de ayuda, comercio e inversión en el extranjero, la economía de Estados Unidos no podía dejar de florecer. . . y



para los propagandistas de la guerra fría no resultaba difícil encontrar mentes receptivas.

Ahora es generalmente aceptado y reconocido que durante las décadas de la guerra fría ningún funcionario importante del Departamento de Estado o del Pentágono pensaba que existiera la más mínima posibilidad de que la Unión Soviética buscara a la fuerza ganar territorio en Europa o en cual-

quier otro lugar (cosa que no hay que confundir con recurrir a la fuerza para guardar "sus" territorios en Europa del este). La amenaza soviética era un invento de la guerra fría. A ella se le agregó rápidamente, a finales de los 40, la invención, igualmente fraudulenta, de la amenaza comunista dentro de los Estados Unidos. El principal instrumento de ese logro en las artes de la propaganda fue el

senador Joe McCarthy. Borracho cínico e incompetente, en 1950 McCarthy buscó y encontró la manera de conseguir el necesario apoyo para su reelección en 1952. Sus asesores, igualmente cínicos, le ayudaron a encontrar el tema político adecuado: la presencia de comunistas en la administración (Demócrata). Su primera declaración al iniciar su campaña se ha vuelto ya clásica: "Tengo aquí en la mano una lista de 205 funcionarios cuya calidad de miembros del Partido Comunista fue comunicada al Secretario de Estado (Dean Acheson) y que, sin embargo, siguen trabajando y formulando la política en el Departamento de Estado". A nadie le importó entonces (y, por lo visto, a nadie le importa ahora) el hecho de que ninguno de los que figuraban en la "lista" llegara a ser nombrado ni mucho menos declarado "culpable". Pero lo que sí es muy importante notar, en cambio, es que la sociedad se había transformado de tal manera que una mediocridad irresponsable como McCarthy podía conseguir un poder amedrentador inmenso a fuerza de mentiras e insinuaciones. Cuando finalmente cayó fue porque su propia estupidez lo llevó a acusar al ejército de los Estados Unidos de estar escondiendo comunistas en puestos importantes y no como consecuencia del daño que había hecho a los procesos gubernamentales y a la sociedad en general. Incitado por un Pentágono enfurecido a ponerse temporalmente duro, el Senado de los Estados Unidos decidió finalmente censurar a McCarthy por haber ofendido y desacreditado a esa augusta institución. Pero hasta esa leve moción de censura fue rechazada por veintidós de nuestros distinguidos senadores.

McCarthy cayó en seguida en el olvido y murió unos años más tarde, en 1957, de cirrosis en el hígado. Pero la muerte de McCarthy no significó la

muerte del macartismo, hierba venenosa que sigue viva y coleando hasta nuestros días. Al contrario, su eliminación permitió que el virulento anticomunismo continuara, desembarazado ya de la penosa presencia del vulgar Joe McCarthy.

La guerra fría y el macartismo hicieron del anticomunismo el tema principal de la política estadounidense y produjeron una de las ironías más grandes de la historia de la posguerra: resultó relativamente fácil para el anticomunismo convertirse en antiliberalismo (cosa bastante previsible: no era la primera vez que esto ocurría). Conforme este proceso fue arraigándose alrededor del año 1950, el anticomunismo llegó a ser utilizado como arma en contra de sus progenitores, el partido Demócrata. La carrera de Nixon hizo algo más que simbolizar este proceso. Su elección primero como representante, luego como senador, luego como vicepresidente y, finalmente, dos veces como presidente, se fundó siempre en su dominio de la estrategia anticomunista, estrategia que él llevó a su forma más perfecta y que, a partir de 1946, fue seguida por otros. En 1952, al hacer la campaña electoral a favor de Eisenhower, como la mano dura detrás de Ike, ya era todo un especialista en engañar a la gente. Su estilo quedó muy bien ejemplificado en los ataques que lanzó contra el leal conservador y guerrero de la guerra fría, Adlai Stevenson: "Adlai el apaciguador. . . un doctorado en el colegio de la cobardía política de contención comunista de Dean Acheson" (Acheson, desde luego, era uno de los principales arquitectos de la guerra fría y una de las figuras más poderosas de Wall Street). Para los demócratas, el anticomunismo se ha convertido en un monstruo al estilo de Frankenstein: hasta el día de hoy no han podido deshacerse de la sospecha de que bajo el pellejo de cualquier persona que

esté más a la izquierda de Grover Cleveland está escondido un espía soviético en potencia. Hay cierta justicia en ello, aunque no mucha.

V.

Así la población de Estados Unidos llegó a permitir que su país hiciera gastos militares excesivos y enormemente pródigos como parte de una política exterior en gran medida secreta y agresiva. Esa política exterior tenía tres vertientes principales: derribar gobiernos legalmente elegidos, como ocurrió en Irán (1953), en Guatemala (1954) y, mucho más adelante, en Chile (1973); instalar y mantener dictaduras militares represivas, como en Nicaragua y en Grecia (entre otros países) y dejar tales actividades para dedicarse a una guerra en gran escala, como ocurrió en Corea y en Indochina (¿y como está ocurriendo ahora en El Salvador?). Trajo también consecuencias importantes para los poderosos aliados de Estados Unidos: los países de Europa occidental tuvieron que ajustar sus políticas militares y económicas a su continua dependencia de Estados Unidos, como también lo tuvo que hacer Japón. Después veremos algo de lo que esto significó para los “enemigos” de los Estados Unidos.

Hasta Vietnam y con la excepción de Vietnam (¿y ahora de El Salvador?) el pueblo de este país miró todo esto con aprobación o en silencio. Los años cincuenta se llamaron “los años silenciosos”. Desde Watergate, los años han sido igualmente silenciosos. . . o lo fueron hasta ayer. En las décadas de los cuarenta y los cincuenta, mientras se echaban las bases de todo esto y se empezaba a construir sobre ellas, en “la tierra de los hombres valientes”, casi nadie dijo una palabra. ¿Por qué?

¿Dónde y cómo se moldean las mentes? Desde luego, en todos los aspectos de nuestra vida: en la familia, en la escuela, en la religión organizada, en los medios de comunicación, en las diversiones, en los deportes, en nuestros empleos. A partir de 1946, en todos estos rincones de nuestra vida se fueron moldeando las mentes para que aceptaran las premisas e implicaciones de la guerra fría y la cruzada anticomunista; hubo purgas en la industria cinematográfica (una vez más Ronald Reagan figuraba en primera plana), juramentos de lealtad en las universidades y en gran parte de los empleos de gobierno (hasta se hicieron obligatorios en las iglesias si éstas querían quedar exentas del pago de impuestos); hubo patriotas vocingleros como el cardenal Spellman y Norman Vincent Peale en los púlpitos y un tamborileo constante de patriotismo en las películas, en la prensa, en la radio y en la televisión, donde se vilipendiaba a “los rojos”; cada vez más la bandera nacional se consideró requisito indispensable para toda prueba deportiva y TODOS los políticos repetían la doctrina de la época.

Después de 1946 todo el discurso político y social —qué cosas se discutían y de qué manera— se deslizó hacia la derecha; los que criticaban lo que estaba pasando quedaban así fuera de los límites de la Buena Sociedad y eran tildados de “comunistas” o, cuando menos, de “ilusos”. El fenómeno Nixon lo dice todo: por muy difícil que resulte ahora para algunos creerlo, a fines de la década de los cuarenta Nixon era considerado un representante de la extrema derecha. Ya para fines de los sesenta se le consideraba moderado y de hecho Nixon consiguió que Spiro Agnew hiciera en su lugar toda la propaganda extremista (como el propio Nixon había hecho para Eisenhower en los años cincuenta): éste

era “el nuevo Nixon”. Hoy, en comparación con Reagan, Nixon es recordado (y extrañado) por muchos como un gran ejemplo de cordura y moderación en política exterior y como un político bastante razonable en asuntos internos. Pero Nixon nunca cambió: simplemente con el tiempo fue ganando cada vez más poder. Fue la nación, el pueblo, quien cambió, moviéndose cada vez más hacia la derecha bajo la influencia de la guerra fría permanente y el anticomunismo atrincherado. . . lo cual dejaba a Nixon parado inmóvil en el centro. Cuando Nixon fue reelecto en 1972 tenía más apoyo popular que nunca y cuando fue corrido de su puesto en 1974 no fue porque se le considerara excesivamente beligerante (aunque ahora sí sabemos que estaba dispuesto a utilizar armas nucleares antes que perder la guerra en Vietnam) ni excesivamente conservador, sino porque lo sorprendieron haciendo una tontería y él era muy arrogante como para agacharse lo suficiente para escapar. Desde 1946 el pueblo había sido condicionado para tener como presidente a una persona como Nixon: él mismo fue la causa de su propia ruina. Y Ronald Reagan es una continuación lógica del mismo proceso que produjo a Nixon.

VI.

No hay necesidad de dar más detalles. Al principio de los sesenta, cuando el joven Kennedy habló de sus “nuevas fronteras”, nadie sospechaba que estas fronteras habrían de surgir en la bahía de Cochinos, que llevarían al mundo al borde de una guerra mundial a raíz de la crisis de los misiles en Cuba y que darían pie a otras fronteras en Indochina y a la guerra más larga de nuestra historia. El mismo Ken-

nedy era un producto y un beneficiario de la guerra fría, un anticomunista entusiasta. Fue Kennedy, a fin de cuentas, quien hizo la primera escalada importante de nuestra participación militar en Vietnam, donde ya para 1962 había colocado 22,000 soldados nuestros. Los que llegaron a llamarse “los mejores y los más listos” no fueron lo suficientemente buenos o listos ni siquiera para lograr escapar de las enredaderas venenosas que estrangulaban toda posibilidad de decencia y de cordura en este país y en gran parte del resto del mundo. No son los Nixon ni los Reagan los que ejemplifican la conciencia y el carácter estadounidense de las últimas décadas (una conciencia y un carácter moldeados por la guerra fría). Son más bien aquellos por los que hemos sentido algún respeto, o si no respeto, algún afecto: Eisenhower, Kennedy y hasta LBJ. Muchos lloraron cuando éstos murieron, pero la tragedia estaba en sus vidas y no en sus muertes, en las políticas mortales e inhumanas que todos ellos ayudaron a crear y apoyaron, políticas que era necesario que apoyaran si querían ser electos presidentes de los Estados Unidos.

Ahora bien, hay otra cosa muy importante que señalar: a medida que el pueblo estadounidense iba perdiendo lo que le quedaba de cordura y decencia después de la segunda guerra mundial, la vida de los pueblos de otros países —sobre todo de los países no capitalistas (es decir, de los “enemigos”)— empezó a sufrir una deformación y una desviación. Al colocar en el extranjero los batallones de la guerra fría, los Estados Unidos no sólo estaban militarizando a su propia sociedad y, en menor grado, a la de sus aliados: también estaban obligando a los países no capitalistas (socialistas y comunistas) del mundo, a militarizarse. Mediante este



proceso —y tiene que haber sido una estrategia muy consciente por parte de los combatientes de la guerra fría— los Estados Unidos paralizaban los esfuerzos de esos países por realizar sus ideales económicos y políticos. De modo que en esos países la única forma de gobierno que podía sobrevivir era la que se inclinaba hacia el militarismo y que se mantenía a través de un régimen de terror. ¡Quién sabe cuánto daño habrá hecho así el capitalismo intransigente a las futuras posibilidades de nuestra especie!

VII.

A pesar de todo esto —y cabría añadir otras muchas cosas que no se han dicho— todavía hay esperanzas. Las cruzadas llevadas a cabo dentro y fuera de Estados Unidos por los brutalizadores no han brutalizado a todo el mundo: probablemente sólo lo habrán logrado con unos cuantos. Las sacudidas de los años sesenta quizás fueron menos eficaces y duraderas de lo que se pretendía y de lo que hubiese hecho falta; pero ni aquellos que participaban

en ellas ni los que las veían con beneplácito han desaparecido del escenario político y este país no volverá a ser el mismo (Tampoco serán los mismos aquellos otros países que, por la misma época o en años posteriores, sufrieron sacudidas semejantes: sea Francia en 1968 o Polonia en 1981-82). Es por lo menos igualmente importante hacer notar que el capitalismo mundial montado por los Estados Unidos durante las décadas de la posguerra, empezó a deshacerse en los setenta, acelerándose el proceso en los ochenta. Los Estados Unidos ya no pueden moldear el mundo a su imagen y semejanza a fuerza de sobornos y castigos; al contrario, tenemos suficientes problemas al intentar impedir el derrumbe de nuestra economía.

¿Y Reagan? Reagan es un ideólogo dogmático de la economía de mercado libre y de la América machista ("He trazado una línea en la tierra", dice refiriéndose a sus políticas fiscales). Pero por muy peligroso y necio que sea, es quizás justamente lo que necesitamos para empezar a recuperar nuestra codura, nuestra decencia, nuestro instinto de supervivencia. Después de todo, representa el ejemplo perfecto de aquello en lo que desembocan años de militarización y brutalidad. Nos muestra en qué nos hemos convertido; si no, no sería nuestro presidente. Al contemplar su régimen no resulta difícil

ver que si damos algunos pasos más en el mismo sentido, estamos perdidos.

La vida no se vuelve más fácil por ello, al contrario: se vuelve más difícil. Para salir de este hoyo sucio y profundo vamos a tener que hacerlo sin la ayuda de las autoridades. No será el Congreso de los Estados Unidos (ni los grandes líderes empresariales, agroindustriales y sindicales que lo apoyan) quien dará el primer paso, o los pasos decisivos, para obligar a esta sociedad a sentar cabeza. Los miembros del Congreso tienen el poder que tienen porque, más o menos conscientemente, aceptaron los preceptos principales de las últimas generaciones. Una y otra vez se han mostrado tontos, cobardes y corruptos (el macartismo, Corea, el golfo de Tonkin e Indochina, el presupuesto de Reagan, etc., etc., etc.).

Es el pueblo de este país el que nos va a salvar, si es que nos hemos de salvar. Tendremos que ser nosotros mismos quienes iniciemos, desarrollemos, elaboremos y mantengamos procesos que nos permitan volver a ser seres plenamente humanos. Y sólo valdrá la pena desarrollar estos procesos si son democráticos, pacíficos y cooperativos, tanto en sus fines como en sus medios. Si ya no hemos aprendido esto, no vamos a aprenderlo nunca. 🙏